

SOCIEDAD BOLIVARIANA

SIMÓN BOLÍVAR: VIGENCIA REPUBLICANA

ALBERTO MENDOZA MORALES

La Academia Colombiana de Historia tiene en su Escudo una frase terminante: *Veritas ad omnium*. **La verdad ante todo**. Es un mandato. Adquiere singular validez cuando se trata la vida y el pensamiento de un héroe de la dimensión humana del general Simón Bolívar a quien hoy evocamos aquí.

Es dudoso que la humanidad encuentre la biografía de un hombre público escrita en menos de dos reglones. La hizo Bolívar cuando escribió: **“Me tocó la misión del relámpago: rasgar un instante las tinieblas, fulgar apenas sobre el abismo y tornar a perderme en el vacío”**. Es un alarde autobiográfico. Salió de un ser de enorme dimensión espiritual, de inmensa lucidez mental, capaz de resumir en forma tan clara y sintética su propia y corta vida, llena de acontecimientos, públicos y privados, políticos y administrativos, cívicos y militares. Bolívar, en su corta existencia, cumplió la misión que le señaló su destino: liberar un pueblo del colonialismo español, tratar de organizarlo como un modelo republicano de escala mundial y, para lograrlo, inducir y conducir la revolución en un extenso Continente.

Bolívar fue un criollo venezolano de clase social superior. Una clase que usó el poder en su propio beneficio. Bolívar escogió un camino diferente, el de un militar al servicio de la libertad. Dentro del sistema colonial, una fuerza misteriosa lo llevó a cumplir un destino de extraordinaria dimensión. Entre criollos movidos por intereses económicos propios y particularizados, Bolívar trabajó para la totalidad del espectro humano de la América española. No logró cumplir la misión pero la dejó prevista. Los criollos, sus pares, una minoría blanca, ganaron la guerra que llamaron de la Independencia, dominaron a una población multirracial, indígena, negra, mestiza, en todo caso cobriza y la pusieron a trabajar en su favor. Triunfó el racismo y la exclusión. Los criollos continúan en el poder. Los cobrizos siguen bajo su dominación. Hay quienes sostienen que los problemas en las naciones americanas se agudizaron con el llamado “grito de la independencia”.

Bolívar representó en América el pensamiento republicano y democrático. Con prodigiosa visión se anticipó, a episodios políticos que tocan la actualidad colombiana. Al instalar en Angostura el Congreso Constituyente de la Gran Colombia, sentó un principio político: la no reelección presidencial. Lo escribió en los siguientes términos:

“La continuación de la autoridad en un mismo individuo ha sido frecuentemente el término de los gobiernos democráticos. Las elecciones repetidas son esenciales en los sistemas populares. Nada es tan peligroso como dejar largo tiempo a un mismo ciudadano en el poder. El pueblo se acostumbra a obedecerle y él se acostumbra a mandarlo, de donde se originan la usurpación y la tiranía. Nuestros ciudadanos deben temer con sobrada justicia que el mismo magistrado que los ha mandado mucho tiempo, los mande perpetuamente”.

Cartagena fue el sitio donde Bolívar entregó su primer documento político. Un Manifiesto. Denunció la pretensión de los españoles de fundar en América un imperio que reemplazara el que perdían en una España invadida por Napoleón.

La monarquía española fundó en América distritos coloniales. A la cabeza de cada distrito puso un virrey y tres poderes, civil, militar y religioso. El poder civil lo formaron ministros, embajadores, consejeros, comisarios, títulos que deslumbraban a la multitud. El poder militar afianzaba al poder civil. El poder eclesiástico lo formaban cardenales, arzobispos, obispos, canónigos y clérigos. Para reinar apelaban a la santidad de un ministerio que Bolívar consideraba temible. Bajo estos poderes, los españoles dominaron al pueblo americano y lo tuvieron sujeto bajo un triple yugo, ignorancia, vicio y tiranía. En esas condiciones las gentes locales no podían adquirir conocimientos ni ejercer poder. Estaban lejos de saber que el imperio de las leyes es más poderoso que el imperio de los tiranos. Ignoraban que la felicidad consiste en practicar la virtud. Bolívar enseñaba que “los pueblos de la antigüedad confiaban la salvación de sus Estados a sus virtudes políticas, a sus costumbres severas, al carácter militar”. Sostenía que “la fuerza física no es la que siempre decide. La fuerza moral es la que inclina finalmente la balanza política”.

Bolívar denunció en Cartagena la impunidad que protegía a los españoles frente a los delitos de Estado que cometían. Los llamaba “nuestros natos e implacables enemigos”. Dijo que la guerra defensiva para liberarse de los españoles era inútil además ruinosa. Para liberarse necesitaban la guerra ofensiva, la que se hace recorriendo un solo camino, levantar armas, organizar un ejército y atacar. Atacar con soldados y oficiales dignos de llamarse “columnas de la patria”. Sobre esas bases, Bolívar propuso tres empresas, “libertar a la Nueva Granada, redimir a Venezuela y corregir los vicios que agobiaban a sus gobiernos”. A partir de estos pensamientos Bolívar acometió una acción bélica que parecía imposible de coronar. Organizó en el bajo Magdalena una campaña con tropas patriotas y las condujo victoriosas a Caracas. La historia la llamó “la Campaña Admirable”.

Los españoles mandaban en América. Llegaron como descubridores, operaron como conquistadores, obraron como colonizadores, se establecieron como gobernantes. Dominaron a los indígenas, tradicionales propietarios del país, trajeron negros de África como esclavos y se impusieron sobre todos como soberanos.

Todo venía de España, autoridades, comercio, ideas, religión. Los indígenas tuvieron que aguantar el despojo, el desplazamiento, la exclusión y la conducta dominante y agresiva de los españoles. Por seguridad tuvieron que mostrarse sumisos. “Quedaron dominados por los vicios que corrían bajo su dirección”. Entre ellos cundió el hábito de la obediencia. Llegaron a ocupar en América, en su propia tierra, el lugar de siervos. Con el tiempo aparecieron los criollos, españoles por ascendencia y americanos por nacimiento. Mantienen el predominio.

Cuando los franceses invadieron a España y apresaron al rey, criollos, indígenas y negros, estaban en América bajo el pleno dominio de los españoles. Los criollos carecían de conocimientos políticos y administrativos. Carecían de experiencia para ejercer el poder. Vivían fuera de la práctica de los negocios públicos. Desconocían el arte de gobernar. Su futuro era incierto. Los españoles, por su parte, cumplían el papel que les correspondía, el de dominadores activos. Conducían un gobierno autoritario. A los criollos los tenían en estado de inocente infancia. En la administración pública los empleaban en puestos secundarios. En asuntos públicos los tenían atados a un triple yugo, ignorancia, vicio y tiranía.

Los criollos, en esas condiciones, desconocían la ciencia del gobierno. Estaban excluidos de los altos cargos, ausentes de la administración pública, impedidos de ejercer posiciones de importancia y de adquirir la experiencia política y la destreza administrativa necesarias para gobernar. Ignoraban el curso de los negocios públicos. No podían adquirir conocimiento administrativo, ni ejercer poder, ni alcanzar experiencia política. Eran siervos. No podían manejar el Estado. Eran simples consumidores sujetos y objetos de tiranía. Se mantenían en el nivel de servidumbre. Estaban frenados para elevarse al goce de la libertad, impedidos de llegar al ejercicio del gobierno. En las provincias los criollos no se relacionaban entre sí, ni se entendían, ni negociaban. Los españoles evitaban que se unieran y formaran fuerza política. Así se estableció un Estado en que la minoría española gobernaba y la mayoría criolla obedecía retirada de la administración pública, sometida al estado de infancia política, ausente del manejo del Estado. Los criollos sintieron lo que eran, objeto de marginación, de ultraje, de violación.

Los criollos, por su parte, vivían en un mundo propio. Actuaban dentro de las opciones que les quedaban. Manejaban sus fincas, cultivaban sus campos, criaban ganado, cazaban fieras en los bosques, extraían oro en las minas para enviarlo a España, mantenían a los indígenas trabajando en sus fincas, en las tierras que los conquistadores, sus antepasados, les habían usurpado. A los negros, cazados como fieras en África, los tenían cavando en las minas de oro o sirviendo como criados en sus residencias.

Las mezclas raciales conformaron durante la Colonia la heterogénea población de este país. Tal como existe hoy. Los criollos se reproducían entre ellos. Su número aumentaba. Apareados con indígenas producían mestizos, con negras, producían mulatos. Mestizos y mulatos formaban cuarterones.

Bolívar resumió descarnadamente el estado en que se encontraban los criollos: “Jamás eran virreyes, ni gobernadores; arzobispos pocas veces; diplomáticos nunca; militares sólo en calidad de subalternos; nobles, sin privilegios reales. No eran magistrados, ni financistas, casi ni siquiera comerciantes”. Concluía en que “esa situación constituía ultraje y violación de los derechos humanos”.

En esas condiciones llegó para los criollos el momento de pagar a los chapetones, con la misma moneda. El momento de ahogar, como dijeron, a esa “raza de exterminadores”. El momento de asumir el poder ellos mismos y ejercer

el gobierno y la administración pública. Fueron los antecedentes, en somero repaso, de la guerra de la independencia criolla.

Jamaica marcó un momento estelar en la vida del Libertador. Llegó a la isla como asilado insolvente. Escribió la llamada “Carta Profética”, dirigida a Henry Cullen, un granjero norteamericano. En la carta denunció el colonialismo absolutista impuesto por los españoles en América, mostró los agravios que pesaban sobre los criollos y escribió las bases de una América concebida como “nación continental”. Bolívar propuso una trascendental acción geopolítica, organizar en Suramérica una nación “más grande por su libertad y su gloria que por su extensión y sus riquezas”. Tendría su centro en Panamá, “un istmo más importante que el de Corinto”. Allí funcionaría un Congreso de anfictiones, destinado a tratar los intereses de todos los países. Hoy se discuten en Washington, en la OEA.

La grandiosa concepción geopolítica de Bolívar coincidió con la concepción geopolítica europea del abate St. Pierre (1658-1743). A principios del siglo XVIII había propuesto la Unión Europea con un objetivo, manejar la Paz Perpetua. La Unión Europea existe hoy. Asocia 27 países. Tiene Constitución propia, Parlamento unitario, aduanas libres y moneda común. La América Latina sigue siendo, entretanto, un archipiélago de naciones, complicada en sus relaciones internas, lejos de cumplir la grandiosa visión bolivariana, democrática, republicana, continental, unitaria.

Los españoles, en América, transformados en minoría mantenían el gobierno colonial. Seguían sintiéndose propietarios del continente. Mandaban. Desconocían los derechos humanos. Pretendían que la población americana, incluyendo por supuesto a los criollos, fuera meramente pasiva. Era un ultraje. Era una violación. La mayoría criolla, por su parte, se mostraba, cada vez más, resuelta a independizarse, más decidida a asumir el poder. Creaba juntas populares, establecía autoridades, producía alteraciones significativas. Hasta que iniciaron la revolución armada. Se lanzaron al levantamiento que la historia de los criollos llama la “guerra de la independencia”. Guerra que despiertos analistas de la historia coinciden en definir, no sin razón, como una guerra civil de españoles americanos contra españoles peninsulares, de criollos contra chapetones, de dominados contra dominadores. Guerra de la independencia. Algunos la llaman “espejismo trágico”.

La conciencia histórica, producto de su amplia concepción geopolítica, había llevado a Bolívar a superar el enclave de su propia clase social y a ocuparse de toda la población. De los indígenas despojados de sus tierras, aislados en sus pejugales, servían en las haciendas de los criollos. De los negros, esclavizados, servían en las residencias de los blancos, trabajaban en sus haciendas, cavaban en sus minas, sacaba oro. De los mestizos obligados a pagar diezmos y primicias. Y, desde luego, de los criollos, grupo humano al cual pertenecía.

Angostura fue el escenario orinoquense donde Bolívar expuso su concepción republicana. Lo hizo el 15 de febrero de 1819 en el Congreso de criollos convocado por él mismo. Lo presidió un neogranadino, Francisco Antonio Zea. El objetivo del Congreso fue geopolítico, organizar una república uniendo tres colonias españolas, el Virreinato de la Nueva Granada, la Capitanía General de Venezuela y la Provincia del Ecuador. Se llamaría Colombia en honor de Colón. La capital sería Santafé. Una nueva capital podría ser Maracaibo u otra ciudad que se construiría a orillas del mar Caribe.

Bolívar propuso en Angostura organizar un Estado justo y moral, capaz de superar la opresión. Un Estado regido por la igualdad, la paz, la libertad. La esclavitud estaría proscrita. Lo conformarían tres poderes señalados por Montesquieu, legislativo, ejecutivo y judicial. Funcionarían independientes pero correlacionados. La nueva república discurriría sobre dos carriles, ética y educación. Moral y luces según El Libertador.

El Estado produciría la mayor seguridad social, la mayor estabilidad política, la mayor felicidad pública. El poder ejecutivo estaría a cargo de un presidente de elección popular. No habría reelección presidencial. Si el presidente pretendiera infringir la Constitución lo aislarían. El poder legislativo, bicameral, lo formaría una élite ilustrada y virtuosa, dotada de sabiduría y educación. Las leyes que expidiera estarían basadas en las buenas costumbres. El poder judicial lo ejercería una “magistratura independiente”.

Lo que poco se dice, y menos se comenta, es que Bolívar propuso en Angostura un cuarto poder. El poder moral. Un poder “para formar al pueblo dentro de las virtudes políticas”. El Libertador comprendió que la propuesta moral podía ser tenida como un cándido delirio. Juzgaba, sin embargo, que implantar la moral era posible. Los criollos, miembros de aquel histórico Congreso, no tomaron en cuenta la propuesta moral de Bolívar. Ni siquiera la discutieron. La ignoraron del todo. Implantar una moral republicana no estaba en su agenda. Los criollos lo que buscaban era independencia frente a los españoles y pleno acceso al poder local. El planteamiento moral de Bolívar no apareció nunca más en nuestra larga y repetitiva historia constituyente. Y nadie lo reclama. ¿Aceptaríamos hoy en Colombia, establecer en nuestra Constitución Nacional el poder moral como una norma corriente en nuestro discurrir republicano?

Pasaron los años. Bolívar llegó Santa Marta. Iba enfermo. Rondaba su alma la noche septembrina. Llamada nefanda. Causa repugnancia y horror. Los criollos habían intentado asesinarlo en Santafé. Se acordaría del puente del Carmen donde se refugió en la fría madrugada. Alojado en la hacienda de un español, don Joaquín de Mier, bajo la sombra de enormes árboles que el viento agitaba, Bolívar entró en su laberinto. Allí pidió “trabajar por el bien inestimable de la unión”. A los militares, “emplear su espada para defender las garantías sociales” y “que sus armas nunca se vuelvan contra el pueblo”. El 17 de diciembre de 1830, en una pequeña habitación de paredes encaladas, apenas pasada la una de la

tarde, Bolívar “rasgó las tinieblas y tornó a perderse en el vacío”. Tenía apenas 47 años de edad.

La figura del general Bolívar se yergue desafiante ante nosotros. Desde la eternidad se levanta enhiesta y desafiante sobre una montaña de retos por encarar. Su pensamiento ilumina el ámbito. Lo que propuso mantiene vigencia. Desde donde esté nos desafía. En **Cartagena** propuso corregir los vicios que agobian a los gobiernos” y formar militares dignos de llamarse “columnas de la patria”. En **Jamaica** propuso organizar la república latinoamericana. En **Angostura** propuso incluir el poder moral en la organización de la república. En **Santa Marta** hizo votos finales por la unidad de la Patria.

Señoras y Señores: Pertenece a una nación dispersa, tradicionalmente manejada por una minoría criolla. Está ahí, permanece en el poder viva y actuante, Campesinos, indígenas, mestizos, negros, cuarterones se perpetúan, dentro de los términos del tradicional marginamiento. ¿Podríamos influir en esta nación para alcanzar las virtudes republicanas señaladas por El Libertador? ¿Podríamos conquistar la paz pública, la honradez, la efectividad en los gobiernos, una conducción severa, sostenida por el poder popular? ¿Podríamos instalar en el gobierno el poder moral, al lado de los tres poderes tradicionales? ¿Podríamos encender las luces y extender la educación a toda la población, aceptada como conjunto legítimo de una auténtica nación republicana? ¿Podríamos gobernar con valores éticos y disposición democrática? ¿Podríamos “alcanzar el bien inestimable de la unión”?

Veritas ad omnium. “La verdad ante todo”. Reflexiones y propuestas de El Libertador palpitan vivas en la historia de Colombia: el Manifiesto de Cartagena, la propuesta continental de Jamaica, la concepción ética y republicana de Angostura. Estamos frente a la herencia de una personalidad excelsa, de una mente rica, de un recio temperamento republicano, honesto y ejemplar. Sus ideas y reflexiones están ahí, sin aplicar. Simulan joyas de una corona biográfica abandonada, pendiente de mostrar. Están, incluso, olvidadas. Siguen, sin embargo, válidas y desafiantes. Requieren ser retomadas.

En Colombia a la presidencia la llamamos El Solio de Bolívar. En la actualidad estamos frente a unas elecciones. ¿Ocupará el solio de Bolívar alguien capaz de establecer la ética pública y la educación generalizada? ¿Subirá alguien que gobierne no sólo para los criollos sino para todos los colombianos, incluidos indígenas, negros y mestizos? ¿Alguien que haga brillar las virtudes republicanas? ¿Que conquiste la paz, tan ajena y reacia? ¿Elegiremos un gobernante que haga valer la moral y las luces?

Muchas gracias.